

toda suerte de personas, ricos y pobres, grandes y pequeños; así Cristo nuestro Señor quiere que este Sacramento sea sustento de todos los fieles en cualquier estado y suerte que tuvieren, alta ó baja, porque á todos convida, como se ve por la parábola del hombre que hizo una grande cena (1); y convidó hasta los cojos y mancos; y sintió grandemente que muchos se excusasen, como ponderamos en la meditacion de esta parábola (*P. III, med. LXIII*).

3. Lo tercero, se juntó Cristo nuestro Señor con especies de pan y vino, que se hacen de muchos granos de trigo y de uva unidos entre sí, para significar que por este Sacramento no se junta espiritualmente si no es con almas unidas en caridad consigo mismas y con sus prójimos. De suerte, que así como no se pueden consagrar los granos de trigo ó de uva, hasta que se hacen pan y vino con la dicha union; así tambien aunque Cristo nuestro Señor entre por la comunión sacramental en el hombre, no se unirá espiritualmente con él si está dividido y desunido con falta de caridad, y si no se dispone debidamente para quitar los impedimentos de ella; lo cual alcanzaremos, si como trigo nos molemos con la contrición y penitencia, y como uvas nos dejamos pisar con la verdadera humildad y sujeción á todos por amor de Dios. De aquí resulta grande fortaleza para todas las obras de la vida espiritual, con grande alegría del ánima, porque como el pan, segun dice David, conforta el corazón del hombre (2), y el vino le alegra; y aunque sean manjar ordinario, no enfadan ni causan fastidio, antes suelen ser como salsa que acompaña la otra comida; así tambien este pan y vino del cielo conforta y alegra el espíritu (3), y aunque se coma cada día, no causa fastidio, si se come dignamente, antes despierta nuevas ganas de comerle otra vez, porque encierra en sí todo género de suavidad (4), no terrena como el maná que enfadó á los hijos de Israel, sino celestial que recrea á los Ángeles del cielo. Ó Amado de mi alma, que por tantas vías y modos me provocas á gozar de este soberano convite, no permitas que me excuse con el amor desordenado de los bienes de la tierra, ni tampoco que venga á él sin la vestidura de bodas (5), que es la caridad. Desnuda mi corazón de todo amor terreno, y vístete del divino, para que asista con amor á convite de amor, y alcance por su medio la perfección del amor, uniéndome contigo con perfecta caridad. Amen.

(1) Luc. xiv, 21. — (2) Psalm. cx, 15. — (3) Eccli. xxiv, 29.

(4) Sap. xvi, 20. — (5) Matth. xxii, 12.

MEDITACION XLIII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SEÑAL Y PRENDAS DE LA GLORIA QUE ESPERAMOS.

—Deseando Dios nuestro Señor darnos alguna señal y prenda de la gloria que nos prometió para nuestro consuelo y para seguridad de nuestra confianza, instituyó este santísimo Sacramento, en quien concurren todas las cosas que se pueden desear para este fin, como se verá en los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como este santísimo Sacramento es señal y prenda de la gloria que nos está prometida, por encerrar en sí la cosa mas preciosa y amada que Dios tiene, cuyo valor es infinito, y vale tanto como la misma gloria que nos prometió; así como entre los hombres, para asegurar la paga de alguna deuda ó el cumplimiento de alguna palabra que han dado, ó promesa que han hecho, dan en señal y prenda alguna joya, ó cosa muy estimada y querida, y que sea de tan gran precio, que exceda ó iguale á lo que se ha de dar despues. Esto se puede considerar, discurriendo por las Personas divinas que dan esta prenda, y por lo que ella es.—Lo primero, no pudo el Padre eterno darnos prenda mas preciosa y amada que á su mismo Hijo, que es tan bueno como él; así como los reyes y príncipes para asegurar las paces ó treguas ó alguna gran deuda, suelen dar en prendas ó rehenes á su hijo mayorazgo; y pues en este Sacramento nos da á su Hijo unigénito Jesucristo por prendas de la gloria, diónos lo sumo que pudo, no solo en prendas de ella, sino de todas las demás cosas que nos ha prometido con tanta seguridad quanto es de su parte, como si ya nos la hubiera dado, conforme á lo que dice san Pablo: El que no perdonó á su propio Hijo, sino le entregó por todos nosotros, ¿por ventura no nos dió con él todas las cosas (1)? como quien dice: Quien me dió á su Hijo por Redentor, y me lo dió por manjar y comida, ¿por ventura no me dará su gracia y su gloria, y todas las cosas que ha prometido? Tan cierto estoy que me las dará quanto es de su parte, como si me las hubiera dado, porque en esta dádiva se encierran las demás que me ha de dar. Gracias te doy, ó Padre amantísimo, por tal prenda como me das de mi salvación y perfección. Suplicote, Dios mio, que lo que es tan cierto de

(1) Rom. viii, 32.

tu parte, no falte por la mia, favoreciéndome para que me aproveche de la prenda que me das, para alcanzar lo que me prometes.

2. Lo segundo, el mismo Hijo de Dios Salvador nuestro no pudo darnos mayor prenda que á sí mismo encubierto en este Sacramento, en el cual se encierran todos los títulos y derechos que tenemos para nuestra salvacion, como quien promete un grande mayorazgo, y da en prendas el privilegio y escritura en que se funda. Porque este Señor que aquí está, es nuestro hermano mayor (1), mayorazgo del eterno Padre y heredero de su cielo; el cual se hizo hombre, como dice el apóstol san Pablo, para salvar á los que estaban predestinados para la gloria (2), por cuyo medio han de alcanzar el fin de su predestinacion, y con el precio de su sangre nos compró el cielo y abrió sus puertas, para que pudiésemos entrar en él por los medios que para ello nos ofrece. Pues si todo esto está aquí encerrado, ¿qué mayor prenda nos pudo dar para seguridad del cielo que nos ganó y prometió?

3. Finalmente el Padre y el Hijo no pueden darnos mayor prenda invisible de la gloria, que es al mismo Espíritu Santo, de quien dice san Pablo, que es *pignus hereditatis nostræ, prenda de nuestra herencia celestial* (3), la cual prenda, como dice el Apóstol (4), nos da Cristo en nuestros corazones para seguridad de todas sus promesas, y para esto vino al mundo y viene tambien en este santísimo Sacramento. De suerte, que aquí recibimos dos prendas de la gloria las mayores que puede haber, una visible, que es el Sacramento en que está Cristo Dios y hombre verdadero, y otra invisible, que es el Espíritu Santo, que se nos da por el mismo Sacramento. Ó Trinidad beatísima, gracias te doy innumerables por tales prendas como me das por tus promesas soberanas. Bien se ve, Señor, que eres buen pagador, pues no te duelen prendas dándome tantas y tan buenas. Alégrate, ó alma mia, con tales prendas; gózate con la esperanza que se funda en ellas, procura glorificar y servir al que te las da, para que llegues á poseer la gloria que te promete. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar como este santísimo Sacramento es prenda de la gloria que nos está prometida, en cuanto es medio eficazísimo y poderosísimo para alcanzarla, pues no puede haber prenda mas cierta para alcanzar un fin, que el medio eficazísimo para alcanzarle.—Lo necesario para alcanzar la gloria con efecto, es perdon de las culpas pasadas, preservacion de las futuras, sustento de la gracia recibida, con perseverancia hasta

(1) Hebr. II, 11. — (2) Rom. VIII, 29. — (3) Ephes. I, 14. — (4) II Cor. I, 22.

la muerte. En todo esto tiene eminencia este Sacramento, con la presencia de Cristo nuestro Señor, porque aunque el sacramento del Bautismo ó Penitencia perdonan los pecados; pero éste confirma mucho el perdon, admitiéndonos el mismo Rey que nos perdona á su mesa, en señal de habernos perdonado. Tambien nos preserva de culpas, porque enfrena las pasiones de la carne, da fortaleza contra las tentaciones del demonio, y previéne nos contra todos los peligros del mundo.

2. Además sustenta la vida de la gracia, como el manjar sustenta la vida del cuerpo; pero con tanta eficacia, que puede conservar el aumento que ha dado hasta la vida eterna. Todo lo cual se funda en la promesa de Cristo nuestro Señor, que dice: *Este es el Pan que bajó del cielo, para que si alguno comiere de él, nunca muera. Yo soy Pan vivo que bajé del cielo; si alguno comiere de este Pan, vivirá para siempre; y el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el dia postrero* (1). En las cuales palabras Cristo nuestro Señor nos asegura, que este divino Pan, como arriba se apuntó, con su virtud celestial nos libra de todo lo contrario á la vida eterna, porque nos libra de la muerte primera, que es la culpa, y de la muerte segunda del alma (2), que es la condenacion; y á su tiempo nos librará de la muerte del cuerpo en la resurreccion. Demás de esto nos concede todo lo que es vida eterna, porque nos da la vida de la gracia, y la conserva hasta el fin, y despues nos dará la vida de la gloria, de que goza el alma; y á la fin del mundo la vida gloriosa, de que ha de gozar el cuerpo.

3. De todo esto tenemos prendas en este Sacramento, porque para todo tiene virtud y da fuerzas al que le come con la frecuencia y reverencia que debe. Ó árbol de vida puesto en medio del paraíso de Dios (3) en señal y prendas de la inmortalidad y vida eterna, dame á comer tu dulce fruto, para que preserve mi alma de todo género de muerte, y la conceda todo género de vida. Ó alma mia, si deseas vida eterna, come con espíritu este manjar, que es prenda y causa de ella. Ó cuerpo mio, si deseas resucitar á vida bienaventurada, come este preciosísimo cuerpo, que es prenda cierta de tu resurreccion y de la vida gloriosa que te está prometida.

4. Pero aun mas adelante pasa la excelencia de esta prenda, porque con su presencia causa en nosotros algo que es parte de la vida eterna, como raíz y fuente de ella, con la cual ha de permanecer para siempre, y es imposible que se niegue la vida eterna al que

(1) Joan. VI, 50. — (2) Apoc. XXI, 8. — (3) Apoc. II, 22.

lo tuviere; es á saber: la union con Cristo nuestro Señor, por medio de su gracia y de la virtud del Espíritu Santo, que es *fuelle de agua viva que salta hasta la vida eterna* (1); y como nota santo Tomás (2), no solamente es prenda de nuestra herencia, sino arra, porque la prenda dase solamente hasta que se hace la paga, y luego cesa; pero las arras danse para siempre; así el Sacramento del altar y el don de la fe y esperanza no es mas que prenda de la gloria, que dura por el tiempo de esta vida, pero la union con Cristo que se hace en el Sacramento, y el Espíritu Santo que nos da con union de caridad, es arras de la gloria, y durará por toda la eternidad, si por nosotros no queda; porque la caridad nunca perece (3), y el Espíritu Santo permanece con nosotros *in aeternum*. Ó Esposo dulcísimo de las almas justas, que por arras las das á tí mismo, juntándolas contigo en union de caridad, aunque mi alma no sea digna de tan soberana grandeza, no la excluyas de ella por tu infinita misericordia.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como este Sacramento es prenda de la gloria, en cuanto es un convite excellentísimo, en el cual nos da Dios á comer y á beber lo mismo que da en la gloria, pero guisado y acomodado á nuestro estado de caminantes debajo de velo y oscuridad. En lo cual he de ponderar, que Cristo nuestro Señor en el cielo, como lo prometió á sus Apóstoles, tiene consigo á todos los bienaventurados sentados á su mesa, haciéndoles un solemnísimo convite (4), cuyo manjar es su misma divinidad y humanidad, viéndola claramente, y hartando con ella todos sus deseos, embriagándose con el vino del amor beatífico, y bebiendo del rio caudaloso de sus deleites celestiales. Y en este convite el mismo Señor, como dice por san Lucas, se ciñe y los sirve (5), porque él mismo les da este premio de justicia; pero ciñese, porque es tan infinito, que ninguno le puede comprender, ni verlo, si no es ceñido y ajustado á sus merecimientos.

2. De aquí bajaré á ponderar, como este Dios infinito que hace este banquete en el cielo, acordándose de los hijos que tiene en la tierra, se ciñe mucho mas para convidarlos, poniéndose todo con su divinidad y humanidad debajo de estas especies de pan y vino, tan pequeñas y estrechas, para que allí con los ojos de la fe le veamos presente, y recibíendole dentro de nosotros llene tambien nuestros deseos, como acá pueden llenarse, y nos embriague tambien con el

(1) Joan. iv, 14.—(2) Lect. 5 in Ep. ad Ephes. i, 14: Arrha hæredit. nostræ.

(3) I Cor. xiii, 8; Joan. xiv, 16.—(4) Luc. xxii, 30.—(5) Luc. xii, 37.

divino de su amor, y nos dé á gustar la suavidad de sus deleites; dándonos todo esto como prendas, en esperanza de lo que despues nos dará en cumplida posesion. Por lo cual le daré inmensas gracias, con deseos entrañables de ceñirme, y mortificarme, y estrecharme por servirle, pues él se ciñe tanto por regalarme. Ó Amado mio, si tú estando en el cielo vienes á ceñirme á la tierra por mi regalo, ¿qué mucho que para subir yo de la tierra al cielo, me ciñas por tu servicio? Aviva, Señor, mi fe, para que de tal manera guste del banquete que me haces en esta vida, que llegue á gozar del que me prometes en la otra. Amen.

3. Con este espíritu me alentaré á procurar una vida celestial para ser digno de este convite, en que se me da lo mismo que en el cielo, pues por esto Cristo nuestro Señor, en la oracion del *Pater noster*, primero nos mandó decir: Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Y luego dijo que pidiésemos este pan cotidiano y sobresustancial (1), significando que quien le ha de comer dignamente, ha de aspirar á la pureza del cielo, cumpliendo acá todo lo que Dios manda, como allá se cumple.

4. Finalmente, sacaré de aquí que este Sacramento, por ser prenda de la gloria y principio del convite que se hace en el cielo, es viático para pasar de esta vida á la otra, el cual se ha de recibir en aquel peligro con grande fe y confianza; pues como Elías, en virtud del pan que le dió el Ángel, caminó hasta el monte de Dios Horeb (2); así yo, en virtud de este divino Pan haré mi jornada seguramente hasta el monte de la gloria. Y para recibirle entonces con provecho, me importaria acostumbrarme, cada vez que comulgo, á hacerlo con el mismo espíritu que si fuera viático, imaginando que quizá aquella Comunión será la postrera de la vida, cumpliendo lo que dijo el Sabio, que al tiempo de esta comida entrásemos un cuchillo por la garganta (3); esto es, comiendo como quien tiene ya el cuchillo á la garganta y está á punto de morir, y por esta causa Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche antes de su muerte, para significar, como en su lugar se dijo, que esta comida fortalecia para padecer y morir, y pasar de esta vida á la eterna. Ó Redentor dulcísimo, que á la partida de este mundo dijiste á tus Apóstoles: *Yo volveré otra vez, y os llevaré conmigo, para que esteis donde yo estoy* (4); ven á mi alma, visitándome con la gracia y presencia de tu venerable Sacramento, y en virtud de ella

(1) Matth. vi, 10.—(2) III Reg. xix, 8.—(3) Prov. xxiii, 2.

(4) Joan. xiv, 3.

me lleva á donde tú estás, para que allí vea lo que ahora creo, y posea lo que espero, y goce de tu soberana compañía por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIV.

FOR APLICACION DE LOS SENTIDOS DEL ALMA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

—Este modo de oracion, por aplicacion de los sentidos, el cual se declaró en la parte II (*med.* XXVI), es muy provechoso cerca del Santísimo Sacramento, negando los cinco sentidos del cuerpo y avivando los del alma. Algo de esto toca san Buenaventura en su tratado de los siete caminos de la eternidad, al modo que se dijo en el párrafo XI de la introduccion de este libro. Pero aquí lo pondremos con otro modo mas fácil para todos.—

PUNTO PRIMERO. — 1. El primer punto será, ver con la vista interior del alma, ilustrada con la fe, todo lo que es objeto de esta vista, cerca de este Sacramento, sacando varios afectos, conformes á lo que hubiere visto. Lo primero, verá la cantidad, y el color y figura de pan y vino, apartadas de su sustancia, porque Dios con su omnipotencia la destruyó, para poner en su lugar el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor; y actuando esta fe, captivaré mi entendimiento á que crea esto, negando el juicio que procede de los sentidos, y confesando que puede Dios hacer con su omnipotencia mas de lo que puede percibir nuestra corta razon. Y así diré: Creo que, aunque veo color de pan, y percibo olor y sabor de pan, no hay sustancia de pan, porque la fe lo dice y Dios así lo revela.

2. Luego verá con la misma vista la majestad de Cristo, tan entero y glorioso como está en el cielo: verá su sagrada cabeza con corona de gloria; su divino rostro con rayos de inmenso resplandor; sus manos, piés y costado con las hermosísimas señales de las llagas que están en ellos, y todo su cuerpo incomparablemente mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo sobre todos los hijos de los hombres. Y luego subirá mas alto, viéndole como es Dios, resplandor de la gloria del Padre, figura de su sustancia, de tan infinita belleza, que hace bienaventurados á los que le ven con claridad. Y mirándole de esta manera, unas veces sacaré afectos de reverencia y humildad, bajando los ojos y encogiéndome en su presencia. Otras sacaré afectos de gozo y alegría de verle tan hermoso y resplandeciente y tan cerca de mí. Otras prorumpiré en afectos de alabanza

y accion de gracias, por haberse puesto allí con toda su gloria y majestad.

3. Lo tercero, verá la junta de aquel exterior de pan, con la majestad de Cristo, admirándome de ver juntos dos extremos tan distantes, uno tan pequeño y bajo, como es accidentes de pan y vino, y otro tan grande y alto, como es hombre y Dios, encubriendo la grandeza de su resplandor con el velo de tan vil criatura, provocándome á que le imite en tal modo de humildad. Ó Amado mio, que en este Sacramento visible estás con modo invisible; véate yo con la fe, y reverencie tu grandeza, como si te viera con claridad, pues eres el mismo en el Sacramento y en el cielo, y tan digno de ser reverenciado y amado en la bajeza del uno, como en la alteza del otro.

PUNTO SEGUNDO.—1. El segundo punto es, oír con el oído del alma lo que Cristo nuestro Señor me dice en el Sacramento, imaginando que desde allí me habla al corazón y me dice varias cosas á mi propósito. Unas veces imaginaré que me convida á que le coma, diciéndome aquello de la Sabiduría: *Venid, comed mi pan y bebed mi vino que os tengo aparejado; dejad la niñez, vivid y andad por las sendas de la prudencia* (1). Que es decir: Venid á recibirme en este Sacramento, pero dejad primero las niñerías de esta vida, porque soy manjar de grandes y de gente que vive con recato y providencia. Y á este modo puedo tambien imaginar que me dice aquello de los Cantares: *Comed, amigos, bebed y embriagaos los muy amados* (2). Y aquello de Isaías: *Los que teneis sed, venid á las aguas, oidme con atento oído; comed lo bueno, y alegrarse ha vuestra alma con su gusto* (3).

2. De donde sacaré deseos de recibirle, obedeciendo á su voz, diciéndole: ¿De dónde á mí, Señor, que me convidéis á vuestra mesa? Yo me llego á ella porque me lo mandais; habladme mientras como, para que mi corazón se derrita en vuestro amor. Otras veces imaginaré que desde allí me exhorta á que le imite, diciéndome: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (4): aprended de mí á humillaros, á encubriros y á convidaros con caridad unos á otros. Otras veces miraré como está allí rodeado de Ángeles, los cuales me están diciendo: *Ecce Sponsus venit, exite obviam ei. Mirad que viene el Esposo de vuestras almas, salidle á recibir* (5) con lámparas encendidas, con afectos muy abrasados de uniros con él

(1) Prov. ix, 3. — (2) Cant. v, 1. — (3) Isai. lv, 1.

(4) Matth. xi, 29. — (5) Matth. xxv, 6.